

Al norte de Pisco corren dos ríos paralelos, de cordillera á mar, á distancia de 26 kilómetros uno de otro, cuyos valles llevan la denominación de Chíncha-Alta y Chíncha-Baja. Miller se posesionó del segundo valle, y estableció su reserva en Pisco. Los españoles, que habían destacado desde Lima una división al mando de Camba en observación de los patriotas, se situaron en Chíncha-Alta á 41 kilómetros de distancia. Ambas fuerzas permanecieron como un mes á la estricta defensiva, haciendo sus descubiertas en el terreno intermedio, que es un arenal árido, donde solían trabarse pequeñas escaramuzas. Un tercer enemigo invisible, más poderoso que los dos, los atacó y venció. La fiebre maligna de la costa, — las tercianas, — los redujo á una total impotencia. Á un mismo tiempo cayeron postrados los jefes de las dos divisiones, con casi todo el resto de su tropa. De los 600 hombres desembarcados, murieron 28 en un mes, y 160 de los enfermos más graves pasaron al hospital, los que fueron reemplazados por 100 esclavos reclutados en las haciendas inmediatas. En tan deplorable situación, se determinó el reembarco (22 de abril). Miller fué conducido á bordo en una camilla, con pocas esperanzas de salvarle la vida. La tropa al

» taba ». — El almirante en oficio de 3 de marzo de 1821 á San Martín, le dice haber tomado en Pisco cantidad de ganados, y vino y otros frutos necesarios para los buques, sin fijar número, ni mencionar otros objetos. — En nota de 13, al mismo, da cuenta de 459 botijas de aguardiente embarcadas en Pisco, y consumidas en la escuadra, y que el vino fué destinado á los enfermos, sin hacer mención de la plata. M. SS. orig. (Arch. San Martín, vol. LXIV). — En oficio posterior de 18 de abril, le avisa oficialmente haber abonado un mes de sueldo á la división de Miller, cuya suma ascendió á 1,140 pesos, sin expresar el origen de los fondos. — Miller, en sus « Memorias », t. I, p. 274, apunta « seis mil » duros, quinientas botijas de aguardiente, 1,000 cargas de azúcar, gran cantidad de tabaco, y varios otros géneros sacados de las haciendas » pertenecientes á los españoles ó naturales del país al servicio de los » realistas », sin hacer tampoco mención de la plata labrada de que habla en su citado oficio.

tomar los botes, apenas podía sostener el peso de sus armas ni tenerse en pie. Á este precio se conquistó el botín tomado en Pisco, dejando los expedicionarios en pos de sí una ingrata memoria.

El almirante se disculpaba de no haber llenado los primeros objetos de su expedición ni realizado su promesa de desembarcar en Cerro Azul, dando la preferencia á Pisco. « Era » imposible efectuar cosa alguna en los caminos contiguos á » Lima, con gente en tal estado, é imprudente permanecer » por más tiempo en Pisco, después de embarcar el vino y » aguardiente para la escuadra. Las causas para no desem- » barcar en Cerro Azul, las he comunicado, manifestando » su imposibilidad. En lo tocante á obtener vino y aguar- » diente, son artículos no solamente indispensables para la » comodidad, sino para la salud de la marinería, especial- » mente la extranjera, que por el conocimiento que tengo de » sus costumbres, estoy persuadido que no serviría sin sus » acostumbradas raciones » (18). Esta nota, en medio de su trivialidad, es característica, y comparada con las anteriores promesas de Cochrane, en que respondía del éxito con su cabeza, aun con fuerzas menores que las que San Martín puso á sus órdenes, ofrece uno de esos contrastes propios de este héroe tan grande en su conjunto y pequeño en sus detalles.

III

Como el general diera al almirante facultades discrecionales, resolvió dirigir la expedición al sud. El 6 de mayo estaba sobre Arica. Este punto estaba defendido por 300 hom-

(18) Ofi. de Cochrane á San Martín. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIV.)

bres y una batería de 6 piezas, que barrían el desembarcadero. Intimidada rendición á la plaza, con la promesa de respetar las vidas y los intereses particulares, el jefe de ella contestóla con desprecio. La escuadra rompió sobre la ciudad un inútil bombardeo. La tropa, conducida en dos goletillas, efectuó su desembarco sin resistencia, aunque con alguna dificultad, en el morro de Sama, 52 kilómetros al norte de Arica. La columna se componía de 250 hombres, — á quienes temblaban las piernas al pisar en tierra, de resultas de las tercianas, — y se dividió en dos destacamentos: uno, al mando de Miller, que se dirigió atrevidamente á la ciudad de Tacna, 62 kilómetros al interior: el otro, marchó sobre Arica siguiendo la costa del mar con el mayor Manuel José Soler, distinguido oficial argentino que mandaba los granaderos á caballo de la expedición, de que era segundo jefe. Los enemigos, al observar este movimiento, abandonaron la posición. La batería fué tomada con sus cañones. Soler persiguió á los fugitivos, que se retiraron en desbandada al contiguo valle de Azapa al sud, donde le tomó 100 prisioneros, interceptando una arria de mulas con 120,000 pesos que se dirigía á Lima. En el puerto, se tomaron considerables bastimentos, por valor de 300,000 pesos en mercaderías, pertenecientes á españoles residentes en Lima. Todos estos valores fueron trasladados á bordo de la escuadra y Cochrane dispuso de ellos (19).

(19) Miller, en su informe de 4 de diciembre de 1821, antes citado, dice: « Se tomaron por la tropa en tierra (en Arica) y piquete mandado » por el mayor Soler, ciento y siete mil pesos en dinero y seis barras de » plata, todo lo cual fué entregado al capitán del navío *San Martín* en » 11 de mayo. Igualmente remití de Tacna, á bordo del mismo buque, » cuatro mil pesos que hallé en las cajas, y un número de cajones y fon- » dos cuyo contenido ignoro. Sé que en Arica se embarcaron otros ar- » tículos por orden del almirante. De todas estas especies y dinero, la » división no ha recibido cosa alguna ». Cochrane en dos oficios á San Martín de 11 de mayo y otro posterior con la fecha del día en blanco,

Tacna, por la índole de sus habitantes y sus antecedentes revolucionarios (véase cap. XXV, § VII), era un pueblo con cuya opinión enérgica podían contar los expedicionarios. Miller fué recibido con entusiasmo, y se le presentaron inmediatamente numerosos voluntarios. La fuerza que guarnecía á Arica, compuesta en su mayor parte de tacneños, y la guarnición de la ciudad, pasóse á los patriotas, y con ellos se formó un nuevo batallón denominado « Leales del Perú », al que Cochrane entregó una bandera con un sol de oro en campo azul, símbolo del Perú y del elemento azulado de su inventor. Soler, con un destacamento y un piquete de 62 marineros con dos cohetas á la congreve, se reconcentró en Tacna.

El primer voluntario que se presentó á Miller, fué un peruano llamado Bernardo Landa, que había militado con los españoles y señaládose por sus persecuciones contra sus paisanos. Era un hombre decidido, de estatura gigantesca y conocedor de todas las personas y cosas y de todos los cami-

dice, « que el enemigo dejó en sus manos los cargamentos de varios » buques que estaban almacenados, un acopio de estaño traído del inte- » rior y como cien mil pesos que se remitieron á Chile, de lo cual parte » fué repartido en el campo y sirvió para alimentar la gente ». — En oficio posterior de 10 de julio en el Callao, de regreso de su expedición, dice: « Se tomó de unos arrieros una cantidad de dinero que se condu- » cía al interior, de la cual ciento y siete mil quinientos pesos fueron » embarcados en el *San Martín*, además de lo que en el mismo acto fué » distribuido á la tropa ». M. S. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII). — Miller, en sus « Memorias », fija la cantidad de dinero tomado en 120,000 pesos á más de las mercaderías; y Cochrane, en las suyas, sólo habla de las mercaderías, — que se perdieron con el navío *San Martín*, — sin mencionar el dinero. — En la « Contestación de lord Cochrane á los cargos que le hizo el general San Martín », pág. 10, dice: « Recuerdo á V. que es » extraño que no haya introducido en la lista de acusaciones la circuns- » tancia de que rehusé entregarle del dinero tomado en Arica, la parte » del gobierno y la del ejército, aunque V. me lo exigió el 9 de julio de » 1821, y repitió sus solicitudes en diferentes ocasiones. V. seguramente » no tenía derecho á un real de ese dinero, y yo rehusé entregarlo para » convencerle, que aunque hubiese tenido un derecho, no debía entregarse » ni tampoco se entregaría ».

nos de la provincia. « Usted necesita de un hombre, le dijo ; » aquí me tiene. Le empeño mi palabra, de que no tendrá » por qué arrepentirse ». Y en efecto, Landa fué el hombre de la expedición ; sin él habría fracasado desde el principio, y Miller no hubiera obtenido las señaladas ventajas que alcanzó. Otro hombre que prestó importantes servicios en esta ocasión, fué el coronel peruano Mariano Portocarrero, uno de los agentes secretos de San Martín antes de la invasión (Véase cap. XXV, § VII). A él se debió el pronunciamiento de Moquegua más tarde, donde ocupaba el puesto de subdelegado, que continuó desempeñando para servir más eficazmente á los patriotas con sus trabajos secretos y sus oportunos avisos de los movimientos del enemigo (20). « Portocarrero, escribía Cochrane á San Martín, está poniendo todo » en movimiento para levantar el interior. El efecto producido » con el desembarco de doscientos hombres es prodigioso. » Estas provincias darán muchos recursos porque son más » ricas que las del norte, y mucho más patriotas. Si tuviéramos armas, toda la provincia de Arequipa sería nuestra en » pocos días. Todas las armas que teníamos y hemos recogido, están empleadas, pero no son suficientes para marchar en derechura á Arequipa, á menos que sus habitantes » no se pronuncien, lo que, según estoy informado, es muy » probable » (21).

Miller llegó á tener bajo su bandera de guerrillero como 700 hombres, que sucesivamente aumentó á 900, pero el núcleo sólido de su tropa no pasaba de 400 hombres. Impulsado por Cochrane, animado por Landa y Portocarrero, llamado

(20) Camba: « Memorias », t. I, pág. 404, dice: « Vendida la causa española hasta por las autoridades que se creían fieles, como Portocarrero, la lucha venía á ser conocidamente más desigual ».

(21) Carta de Cochrane á San Martín, de 4 de junio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

por los habitantes de Moquegua, y siguiendo sus propias inspiraciones, se decidió á tomar la ofensiva, insurreccionar el interior del país, y convertir la diversión en una campaña formal.

IV

Á la noticia del desembarco de Miller, todo el sud se puso en alarma exagerando el número de sus fuerzas. El general Ramírez, para contrarrestar la invasión, dispuso desde Puno la marcha de 250 hombres del batallón Centro á órdenes del comandante Felipe Rivero, para que unidos á otros 200 veteranos que marcharían desde Oruro con el coronel Cayetano Ameller y 200 algo reclutas de Arequipa, á más de 100 hombres de la guarnición de Moquegua, convergiesen al valle de Tacna bajo el mando superior del coronel José Santos La Hera, formando un total de 800 hombres. La Hera bajó de Arequipa por el valle de Locumba, punto intermedio entre Tacna y Moquegua, con el río y valle de Ilo interpuesto, y se situó en Mirave sobre la margen derecha del río que riega la comarca, donde esperó la incorporación de la fuerza de Ribero.

Miller, bien informado por Portocarrero de los movimientos del enemigo y con los datos topográficos que le suministró Landa, comprendió, que antes que las tres columnas convergentes se reuniesen, podía batir aisladamente á cada una de ellas, y no trepidó en tomar la ofensiva. Con 350 infantes y un piquete de marineros, dos cohetas, 70 granaderos á caballo y 60 paisanos voluntarios bien montados, se puso en marcha. Guiado por Landa, situóse en Buena Vista sobre el río de Sama, á 78 kilómetros de Mirave (20 de mayo de 1821). Mediaba entre ambos puntos un desierto pedregoso sin agua ni vegetación, y un sendero escarpado y estrecho

conducía al pie de la montaña. La columna patriota salvó esta distancia en una marcha forzada de diez y ocho horas, y en la noche del 21 de mayo descendió al valle de Locumba por un despeñadero, por el cual sólo podía pasar un hombre de frente hasta llegar á la orilla izquierda del río.

La Hera había establecido su campamento en una hondonada el pie de la serranía sobre la margen derecha del mismo río, que forma un pequeño valle lateral, y dormía tranquilo dentro de los cercos del pueblecillo allí situado que lleva el nombre de Mirave, considerando imposible todo ataque. Eran las doce de la noche, y reinaba profunda oscuridad; una descubierta de cinco hombres que precedía la columna, encontróse en su camino con un piquete de caballería que pastaba unos caballos en un alfalfar cercado, de los que se tomaron tres prisioneros, pero los otros dieron la alarma en el campo realista. Miller, que no suponía á los enemigos tan cercanos, se encontró sorprendido á su vez, y sin conocer su exacta posición, mandó que los tambores y cornetas sonasen la carga, lanzando el alarido de guerra de los indios; pero se encontró con el obstáculo del río, que en aquel punto se divide en dos brazos. Los capitanes Hill y Hunn (ingleses), al frente de dos partidas de coheteros de 10 hombres cada una, sostenidos por la caballería, atravesaron el río que es allí muy torren- tuoso, luchando contra la corriente que hubo de arrastrarlos. Mientras tanto La Hera, había formado su tropa y roto el fuego al abrigo de los cercos, rechazando la caballería patriota que se formó sobre el valle, mientras la reserva permanecía sobre la margen izquierda. Los dos valientes capitanes ingleses con sus coheteros tomaron posición en dos alturas á derecha é izquierda del valle, y llamaron la atención del enemigo, concentrando sobre ellos sus fuegos. Fué entonces cuando Miller pudo atravesar el torrente con su infantería, montada á la grupa de los voluntarios tacneños, cubriéndose con la boscosidad del terreno, y tendió su línea

de combate en una meseta, con uno de sus flancos sobre el borde escarpado del valle y el otro sobre una cadena de cerros. En esta actitud se pasó la noche.

Al amanecer (21 de mayo de 1821) se encontraban las dos líneas á dos tiros de fusil una de otra, en un declive de la montaña como de 1,700 metros de anchura. Miller dispuso inmediatamente el ataque, que se llevó con impetuosidad, frustrando los esfuerzos de La Hera que pretendió apoderarse de una loma dominante que tenía sobre su izquierda, y cortóle así su retirada. Desalojados los realistas de su posición y estrechados en la extremidad de un monte cortado á pique á sus espaldas, combatieron con valor desesperado, pero al fin fueron vencidos. Cuarenta y cuatro muertos, cincuenta y nueve prisioneros, la mayor parte heridos (22), y 400 mulas, fueron los trofeos de esta victoria escapando tan sólo sesenta infantes y 80 jinetes. La pérdida de los patriotas fué de 25 hombres entre muertos y heridos, siendo la más sensible la del joven Welsh (inglés), cirujano particular de Cochrane, que acompañaba á la expedición como voluntario y murió gloriosamente (23).

No habían aún desaparecido los últimos fugitivos de la Hera, cuando se presentó por el sud el comandante Ribero, con el destacamento de Puno montado en mulas, que había dormido á poco más de cinco kilómetros del campo de batalla, que al atravesar el río, y recibido por algunos disparos de cohetes, vió que llegaba tarde, y se puso en precipitada retirada.

(22) Estas son las cifras que da el mismo Miller en su parte oficial (en inglés) dirigido á Cochrane desde el campo de batalla, el 21 de mayo de 1821. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXII). En sus «Memorias» da Miller 90 muertos y 156 prisioneros, y todos los historiadores americanos y españoles lo han repetido, sin fijarse que el parte oficial publicado en español en Lima, da las cifras del texto.

(23) Parte ofi. de Miller de 21 de mayo de 1821.

En la misma tarde continuó Miller la persecución y el 24 llegó á Moquegua. Landa, con una partida de paisanos armados, se había apoderado de antemano del único portezuelo de las alturas que rodean el sitio donde está situada la ciudad que toma su nombre del valle. Allí fué alcanzada la retaguardia de La Hera por el mayor Soler, y tomada casi en su totalidad prisionera. Fué entonces cuando Portocarrero dió la cara y se incorporó á las filas independientes. Mientras tanto, el destacamento de Ribero, llegado á última hora de la acción de Mirave, se retiraba hacia Arequipa por las alturas del valle contiguo de Torata al norte formado por el río Ilo, que desemboca en el mar y da su nombre al puerto. El 26 le dió alcance el activo Miller en un punto llamado la Calera, en las vertientes occidentales de la cordillera, á 312 kilómetros de Mirave, y casi todos fueron muertos ó prisioneros, escapando muy pocos.

Con legítimo orgullo y con verdad, dice el héroe de esta campaña, que en menos de quince días después de su desembarco, un puñado de patriotas, había muerto, aprisionado ó puesto fuera de combate cerca de mil hombres, incluyendo la guarnición dispersada en Arica. El almirante, entusiasmado por estos rápidos progresos, escribía á San Martín: « Los » aletargados se despiertan; los cobardes se vuelven va- » lientes; y el enemigo, intimidado y abatido. Si siguen las » cosas como hasta ahora, estaremos en Arequipa dentro de » ocho días. La pluma de Monteagudo y una imprenta, nos » hacen mucha falta, como también armas para los jóvenes » que se presenten » (24). Pero aquí terminan los triunfos y empiezan los contratiempos, propios de toda operación sin objetivo fijo y sin base segura, por felices que sean sus comienzos.

(24) Carta de Cochrane á San Martín, de 28 de mayo de 1821, M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

V

Las disposiciones del general español Ramírez, contando, como contaba, con fuerzas superiores y de mejor calidad para contrarrestar la invasión, no correspondieron á su fama militar: á no ser así, ella no habría pasado de Tacna, y Miller hubiera tenido que reembarcarse. Afortunadamente para los españoles, las mismas fuerzas convergían espontáneamente hacia el punto del ataque. Muy luego La Hera se encontró con el aguerrido batallón Gerona que venía en su auxilio. Ribero, con sus restos, se incorporó con un destacamento de 100 hombres que llegaba de La Paz. El jefe realista, hallóse así al frente de una fuerte columna de 800 veteranos, y volvió á tomar la ofensiva, con el objeto de cortar á Miller su retirada á Tacna. Noticioso Miller de esta reacción y de este movimiento, adelantó sus partidas avanzadas hasta 75 kilómetros de Arequipa para distraer la atención del enemigo, emprendió su retirada descendiendo el río Ilo (4 de junio) y se reconcentró en Tacna, cuando La Hera se hallaba como á 21 kilómetros de distancia (12 de junio). El jefe español, considerando superiores las fuerzas patriotas, y llamada su atención á retaguardia por los partidarios, retrocedió remontando el valle hasta el pie de la sierra. En estas circunstancias se recibió oficialmente la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió las hostilidades.

Durante el armisticio, Miller se ocupó en dar organización á sus fuerzas, que alcanzaron á cerca de 900 hombres, regularmente armados y equipados, pero de los cuales sólo 300 merecían el nombre de soldados. Lleno empero de ilusiones, escribía en esta fecha á San Martín: « Estoy en comunica- » ción con el Alto Perú. El semblante de las cosas es lison-

» jero. El general Ramírez, sé positivamente está con un
 » miedo increíble: me aseguran que tiene una porción de
 » mulas gordas, pronto para escapar. La llegada de unas
 » partidas más, compuestas principalmente de milicianos, á
 » 14 leguas de Arequipa, ha causado mucha fermentación
 » entre los realistas, tanto que, el estado mayor y el general
 » en jefe, salieron á escoger mejor posición militar para el
 » caso de ser atacados por nosotros. — Todos los habitantes
 » del país, se hallan comprometidos, y aun cuando llegáramos
 » á tener un suceso desgraciado, bastaría el auxilio de
 » los pueblos para continuar la guerra. — Sería fácil formar
 » un batallón de 800 plazas en dos meses, si hubiese arma-
 » mento suficiente » (25). Mientras tanto, Ramírez reunía
 como 2,000 hombres para caer sobre él así que se reabriesen
 las hostilidades. Por su parte, Cochrane, considerando la
 campaña del sud malograda, se dió á la vela con la escuadra
 hacia el Callao, y dejó á la columna invasora abandonada con
 sólo tres embarcaciones mercantes menores para el caso pro-
 bable de un reembarco, las que también la abandonaron. Á
 la expiración del armisticio, la situación de Miller era crítica:
 una tercera parte de su tropa se hallaba enferma y no podía
 resistir ni á los 800 hombres de La Hera. En consecuencia
 vióse obligado á evacuar Tacna y replegarse á Arica (20 de
 julio). En este mismo día, la división de Arenales en la sierra
 evacuaba Jauja y se retiraba hacia Lima. En Arica encontró
 Miller cuatro buques mercantes, de que se apoderó de
 grado ó por fuerza, y en ellos embarcó su división con los
 emigrados comprometidos que le seguían. Cuando llegó La
 Hera al puerto, ya la expedición estaba á bordo pronta á darse
 á la vela.

(25) Comunicación de Miller á San Martín, de 18 de julio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)

Entre los hechos de esta campaña tan brillante como aventurera, deben mencionarse algunos que hacen honor á la caballerosidad de los dos beligerantes. Durante el armisticio, los jefes españoles manifestaron á Miller su admiración por sus rápidas marchas y afortunados golpes. Entre los prisioneros realistas tomados de Moquegua, lo fué un capitán Suárez, herido gravemente: sus compañeros de armas solicitaron que pasara á curarse á Arequipa, bajo promesa de que volvería á entregarse luego que se restableciese, y el jefe patriota lo puso en libertad sin condiciones, proporcionándole lo necesario para su viaje, y los españoles agradecidos le enviaron en retribución un obsequio. El coronel Sierra y el alférez Ramírez, prisioneros en Moquegua, fueron puestos en libertad por orden del almirante: el jefe español, por una comunicación especial, agradeció este acto de espontánea generosidad, manifestando, que « así como era tan
 » estimable la liberalidad de sus procedimientos, así también
 » correspondía con la reciprocidad y buena fe en nombre del
 » gobierno español » (26). Al evacuar Miller á Tacna, escribió á La Hera, que confiando en su generosidad le recomendaba, tratase con humanidad á los enfermos que dejaba, y La Hera le contestó, que los soldados que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia á los suyos, haciendo el elogio de la disciplina de las tropas patriotas. Estos actos, que dignifican la especie, fueron frecuentes en la guerra de la independencia del Perú, y forman contraste con las crueldades de Ramírez, Ricafort y Carratalá que por parte de los españoles han dejado en aquel país sangrienta memoria.

(26) Ofi. de Cochrane á San Martín de 2 de julio de 1821, incluyendo otro del jefe español en Arequipa de 20 de junio de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXII.)